CRÍTICAS

FONOGRAMAS

Trotsky Vengarán: más de lo mismo

Los integrantes de Trotsky Vengarán entraron desde el comienzo pisando fuerte en la escena roquera local gracias a una de las cosas más difíciles de lograr al armar un grupo: un buen nombre. Luego, por méritos propios, se ganaron un lugar en la escena nacional. Herederos directos del **punk** uruguayo de los ochenta, la banda sigue en parte la línea de los primeros Estómagos y de grupos como los eternos Ramones y los españoles La Polla Records. A la altura de su segundo disco* (el primero fue **Salud, Dinero y Dinero**, editado el año pasado) uno podría esperar un poco más de esta banda. Los esquemas musicales y letrísticos se repiten demasiado de tema a tema y ni si-quiera está presente el humor (salvo en la excelente presentación gráfica de la tapa del compacto), que ayudaba bastante en su tra-bajo anterior. Las canciones parecen estar hechas para ser escuchadas en vivo y pierden bastante de su bronca y energía originales en la grabación. Sin embargo algunas, como "Tal vez", "Johnny" o "Espesa como el mar" muestran una faceta interesante y más introspectiva del grupo, que quizá aflore en sus próximos trabajos.

* **Clase B.**, Orfeo, CDO 119-2. 1996.

Chicos eléctricos: guitarras asesinas

La mezcla del rock psicodélico de los sesenta y el "killer rock" de Detroit (que tuvo a Iggy Pop y los Stooges como sus primeros y máximos exponentes) con el sonido de grupos más recientes como Nirvana o Sonic Youth, su actitud en el escenario y sus polémicas declaraciones (véase entrevista de BRECHA, 14-VI-96) han hecho que, desde hace seis años, los Chicos Eléctricos sean referencia obligada cuando se habla de rock uruguayo. **Psychosound**,* su cuarto trabajo (y segundo compacto), tal vez sea en el que mejor se aprecian las virtudes de la banda, cuyo principal mérito es que tienen muy claro hacia dónde quieren ir. Eso se aprecia en la grabación, que puede sonar desprolija para algunos pero logra el difícil objetivo de trasmitir la fuerza de los Chicos en el escenario. El sonido de las guitarras es lo mejor del disco y lo que más distingue al grupo: inspirándose en los MC5, Velvet Underground, los Rolling Stones o los más experimentales Sonic Youth, en los cuales el trabajo de los guitarristas trasciende el concepto de primera o segunda guitarra, Nicolás Barcela y Germán Mazzei construyen un sonido muy interesante y logrado (evitando los pesados "solos"), difícil de encontrar en otros grupos locales. Se podrá objetar que las letras repiten siempre los mismos temas de excesos alcohólicos y angustias existenciales (en este disco, a diferencia de los anteriores, la mayor parte de las canciones son en español), o que el grupo se apoya demasiado en ejemplos extranjeros; pero los Chicos Eléctricos tienen claro lo que buscan y lo hacen muy bien, sin otras pretensiones.

* **Psychosound**, Perro Andaluz PA 1020-2. 1996.

Samantha Navarro: un debut sin prejuicios

Existe todo un sector de músicos al cual es difícil encasillar en un estilo. Bordean el pop, el rock, el jazz y el candombe, sin entrar en ninguna de las categorías que por comodidad –principalmente de las compañías grabadoras– se han instaurado para intentar clasificar la música. En las nuevas generaciones de artistas uruguayos, Martín Buscaglia, La Abuela Coca, Claudio Taddei o Samantha Navarro (cuyo primer disco compacto* acaba de editarse) podrían servir de ejemplo de ese fenómeno.

Cuando uno pregunta a otros músicos acerca de algún colega interesante que haya surgido últimamente, el nombre de Samantha aparece una y otra vez. No es difícil ver por qué. Dueña de una excelente voz, que además sabe manejar muy bien, Navarro se revela en este primer trabajo como una muy variada y desprejuiciada compositora, con 13 temas de su autoría. Los estilos van del pop al bolero, pasando por la música de Brasil y una fuerte presencia jazzera. La influencia de Caetano Veloso es palpable sobre todo en el encare de diferentes estilos musicales, y tanto por su voz como por algunas de sus letras Samantha recuerda un poco los primeros trabajos de Mariana Ingold, con canciones muy arriesgadas vocalmente y que saben bordear lo **naif** sin caer nunca en la simpleza. Sus acompañantes cumplen, aunque se podría haber esperado un poco más de riesgo para seguir las locuras vocales y letrísticas de esta artista, que promete ser una de las voces más atendibles de la nueva música uruguaya.

* **Samantha Navarro**, Ayuí, A/E 155 CD. 1996.

Andrés Torrón

TIERRA EXTINGUIDA

"Final de partida"

Un espacio cerrado, que en la concepción de Adán Torres y Paula Villalba se ha transformado en un mundo tapiado y sin salida posible. Las dos ventanitas muy altas que comunican con un exterior desolado también son casi inalcanzables. Es el final de una partida en la cual el tiempo ha parecido detenerse. O es otro aparente final que indica la vuelta al comienzo del torneo. Inmóvil en su silla de ruedas, el prototipo del dominante (Hamm) dicta órdenes todo el tiempo, y pretende que sean cumplidas sin chistar. Ordena sobre los movimientos de los demás, sobre los impulsos de los otros. El universo es visto por él mediante Clov, su fiel sirviente –pero también el iniciador de una pequeña y eterna rebelión semisilenciosa–, quien, como los tiernos payasos de **Esperando a Godot**, amaga irse, pero un lazo sutil lo va deteniendo paso a paso.

Mientras Hamm habla del pasado y su contraste con el presente, sus padres, encerrados en sendos tachos de basura –en la versión de Ernesto Clavijo éstos se han convertido en nichos profundos–, expresan deseos de un mundo que los ha perdido en gran medida, quieren trasmitir un amor que Hamm ha reprimido una y otra vez, mantienen una sensualidad a pesar de todo y de todos.

Con una presentación visual austera, extraña combinación de calidez y frialdad, Clavijo se enamora ante todo del decir, que se vuelve pausado y algo estirado. El conflicto, de por sí fuertemente intelectual, no tiene siempre su contrapartida afectiva, por lo cual se genera una distancia con el espectador, a pesar de la cercanía física que lo envuelve en el conflicto. Es en el Clov de Alberto Rivero, casi marionetizado, donde la puesta alcanza un logro sutil. Con un evidente dejo de ternura y de candidez, Rivero aporta un aspecto que contrasta con esa dureza del conjunto. El lirismo de Nelson Flores y Mary Mircetti, en esos padres encerrados en sus recuerdos, disminuye su efecto por el enlentecimiento del planteo, mientras el Hamm de Fernando Gallego muestra más las ansias de poder que la simultánea desolación. Claro que Clavijo expone su labor con su tradicional dosis de seriedad y de limpieza escénica, pero el compromiso con el espectador queda a medio camino. Incluso el cruel humor beckettiano aparece soslayado en pro de la eminente preocupación por la trascendencia metafísica.

Alfredo Goldstein

Alianza Francesa, sala 2, domingo 27.

LA VERDAD DE LA MENTIRA

"Jardín de otoño"

Las dos mujeres se desviven por la televisión. Con soledades compartidas, proyectan sus frustraciones afectivas en el mecánico del teleteatro de la tarde, el momento de felicidad que ellas deciden convertir en una realidad más cercana. Por eso el secuestro del actor, para comprobar si existe una correspondencia entre la pantalla y la vida. Ese ingenioso argumento de Diana Raznevich tiene sus larguezas, sobre todo en la exposición del conflicto, pero también sus puntas. Con un estilo que de por sí plantea una situación tirando al grotesco, es una tenue reflexión sobre los efectos de un medio masivo de comunicación, pero no se preocupa demasiado por una interpretación sesuda que trascienda la misma historia. Lo básico de la pieza está en la mera diversión, más allá de que cada cual podrá encontrar un retrato de corazones quebrados en los pasados y presentes de estas dos veteranas, convertidas de la noche a la mañana en ardientes pecadoras.

La justificación de **Jardín de otoño** está en sus intérpretes. El conflicto se viene abajo si no se sostiene con gracia y el toque de patetismo que se agrega como una frutilla sobre el helado. En eso, Marcelino Duffau logra un trabajo de composiciones aceleradas y sin una obsesión realista. Isabel Schipani es la mujer pusilánime, la que paga el alquiler a la dueña de casa y compañera de "correrías". Lo hace con mucho desparpajo, una observación detallada de las mínimas reacciones, diversión y algo de desolación. Cristina Morán es la más "fuerte", la que decide el plan. Menos "armada" que en otras ocasiones, Morán deja fluir las cosas a nivel sensible y no permite que la actriz se imponga sobre el personaje.

Mario Ferreira carga con el personaje más ingrato, menos recubierto de humor, pero cuyo efecto desencadenante es básico para dar vuelta la historia. Entre el miedo y la fanfarronada, su galán arribista está construido con garra y sin artificios. A todo esto, el ambiente creado por Ana Arrospide, con el apoyo de celosías que encierran y abren el escenario, tiene ese toque de la intromisión del espectador en las vidas privadas de dos mujeres de barrio, enfrentadas, por única vez, al dulce momento de balancear la ficción y la realidad. Pero la pantalla y el camino cotidiano poco tienen que ver, como lo comprobó Woody Allen en la genial **Rosa púrpura del Cairo**. Puede sobrevenir fácilmente la desilusión. Igual, siempre existirá la posibilidad de someterse al inalienable placer de soñar.

AG

Teatro del Notariado, viernes 3.

PARADOS EN LAS BUTACAS

"Gaúchos" en Montevideo

La movida más grande de los últimos meses entre uruguayos y brasileños pasó por la capital y no por los grandes medios de comunicación.* Lo importante, la gente, no paró de bailar.

Había una vez un Mercosur, formado por uruguayos, argentinos, brasileños y paraguayos. Muchos brasileños eran músicos (también muchos uruguayos, argentinos y paraguayos). Un día varios músicos brasileños dijeron: "¿Vamos a tocar a Uruguay?". Invitaron a bailarines, actores y escritores a acompañarlos, consiguieron el apoyo de la Secretaría de Cultura de Río Grande del Sur y se largaron. La embajada sumó 200 artistas, que durante cuatro días (del 28 al 31 de octubre), pronosticaron un agite cultural y, sobre todo, musical, que puso de cabeza a los espectadores.

Hubo para todos los gustos: desde mesas redondas sobre literatura e integración hasta el lanzamiento de la Bienal del Mercosur. Se presentó, por ejemplo, una edición bilingüe de **Nocturnos y otros poemas**, de Idea Vilariño, y una de la **Revista Continente Sul/Sur**. Canal 5 y Televisão Educativa/RS suscribieron un convenio y coordinaron acciones, de modo que en el auditorio del canal oficial uruguayo se pudo ver una muestra de danza de Río Grande.

Si bien estas actividades contaron con un marco de público que justificó el esfuerzo, fue la música la que sedujo a todo el mundo y demostró que Montevideo es una ciudad-sorpresa, donde el letargo de perfil provinciano puede ser sacudido en el instante menos pensado, si aparece un "disparador" eficaz. En este caso, el sacudón estuvo en manos de los músicos, que con dos espectáculos –el 29 en la Gaviota y el 31 en El Galpón– movilizaron lo que la reforma constitucional jamás podrá. En La Gaviota se presentó el cuarteto de Gerardo Flacht, que compartió acordes y arreglos con Laura Canoura. Después el joven acordeonista Renato Borghetti calentó la platea con un ritmo de base **gaúcha** y proyección orquestal, secundado por una banda de excepción, que incluía desde vientos hasta percusión con bombos. Por instantes recordó los mejores momentos de Hermeto Pascoal. El invitado uruguayo de Renato fue Leo Masliah. Cerró esa noche –con platea levantada y bailando– la banda Papas da Língua, cultora de un reggae que, en su fusión con el rock, no descuida lo contestatario de las letras. La fiesta continuó esa noche en un boliche capitalino, cuyo propietario tuvo la buena idea de invitar a la **turma** a seguirlo, con éxodo del pueblo oriental incluido.

Y vino la revancha el 31, en El Galpón. A esa altura, los brasileños ya contaban con una nutrida "barra" de uruguayos que los seguía a todas partes. Arrancó el chamamecista Luiz Carlos Borges, que hizo –además de lo suyo– un fondo tanguero a la interpretación de Lágrima Ríos. Después la platea se alzó al grito de Kako Javier y su trepidación afro-**gaúcha**: así, con parejas, solos, jóvenes y veteranos bailando al mango, entró Ruben Rada a bailar y cantar con Kako, liberando el delirio de los que estuvieron para contarlo. Con ese panorama, la banda Pagode do Dorinho no tuvo inconveniente en cerrar el espectáculo bailando junto a la gente, que invadió el escenario y lo convirtió en una ensalada de besos, abrazos y agradecimientos de los músicos brasileños por lo que estaban recibiendo. Con invitación a Porto Alegre incluida.

Esta eclosión social –con entrada gratuita– pasó misteriosamente inadvertida para los grandes medios locales. Será por su ajenidad al Mercosur "oficial". Pero no fue lo único en materia de uruguayez. Las invitaciones para los espectáculos se dieron en un solo lugar (Show Time, del Punta Carretas Shopping), y no en los lugares donde se realizaron. Consecuencia lógica: había "ejércitos" de gente pugnando por entrar. Todo eso, sin embargo, no logró atemperar la fuerza de una integración que se dio por fuera de los papeles. Gracias a la música, y a la gente. **Parabéns, caras**.

Fabio Guerra

*Semana da Cultura: Caminhos do Prata.